

EDICION
DE 14 PAGINAS

EL MERCURIO

SANTIAGO, 17 DE SETIEMBRE DE 1904

MONTT-VARAS

Vergin di servo encamio
E di codirio oitraggio

La ceremonia a que hoy concurrirán los representantes de los Poderes del Estado, de la sociedad y del pueblo de la capital para rendir un homenaje nacional a la memoria del Presidente don Manuel Montt y de su Ministro don Antonio Varas, es el comienzo del juicio histórico de aquellos hombres que vivieron una existencia de labor incansable en los negocios públicos, que sintieron ruir a su alrededor tantas pasiones, que no buscaron los aplausos ni temieron las censuras, que solo reconocieron como guía el sentimiento de su deber, que jamás se empeñaron en la defensa de sus personas y a quienes solo el tiempo ha venido a abrir serena y majestuosamente las pueras del juicio justiciero de sus concluidanos.

El monumento elevado frente al palacio legislativo a la memoria de los dos hombres que trabajaron juntos y que juntos quedarán en la historia, es el primer acto por el cual la nación entera declara, por medio de sus representantes, que aquellos dos estadistas sirvieron gloriosamente su progreso y consagraron a la felicidad social desvelos que la patria reconocida solo puede premiar con la inmortalidad que se acuerda al jenio.

Porque aunque costeado por la jeniosa donación de un admirador, ese monumento fué decretado por lei de la República, que el Congreso aprobó unanimousemente, como si quisiera dejar bien clara su voluntad de manifestar que la gloria del gran Presidente y de su Ministro no admite ya contestación posible; que, ante los servicios que prestaron al país, todas las pasiones se inclinan y solo queda para admirarlos y para presentarlos como ejemplos a las generaciones futuras, el sentimiento nacional comun a todos los chilenos.

Sí, es la gran reparación de la historia que hoy condena para esas dos sombras augustas, tranquilas sobre el pedestal de la pública admiración, como estuvieron tranquilos el Presidente y su Ministro en medio de las mayores borrascas políticas, apoyados en su conciencia del deber y de las conveniencias del país.

Estos dos hombres no eran, como se

de aquí resulta la continuidad perfecta de su acción en todas las esferas en que desarrollaron su actividad, de aquél la eficacia de esa misma acción y de aquél también, la indomable energía que podían desplegar en cualquier momento y siempre que las circunstancias anuncianan un conflicto en que su conciencia de hombres honrados y de patriotas, podía estar en pugna con intereses o influencias de otro orden.

Este alto sentimiento del deber, tenía a su servicio en don Manuel Montt y don Antonio Varas, un espíritu de trabajo, que solamente los años y los achaques pudieron disminuir y que, por una inclinación natural de su talento, se ejerció desde la juventud en el servicio de la nación a que los llamaban sus facultades y que su conciencia no les permitía rehuir.

En todo el proceso político de la formación de la personalidad de don Manuel Montt hasta el día en que recibió la banda presidencial, no es posible hablar ni un solo detalle que revele ambición de alcanzar ese cargo. Se siente, sin constantemente, en cada uno de sus actos y sus palabras, el tranquilo impulso de una voluntad que está resuelta a cumplir el deber hasta el último, allí donde se le llame. No hay en él ni desconfiamento de sus fuerzas, ni pretenciosa ambición. El equilibrio perfecto de las facultades no se pierde ni un momento en este hombre admirable durante toda la larga y tormentosa agitación política en que se vió envuelta su personalidad.

De don Antonio Varas, puede bien afirmarse que no tuvo la ambición del mundo ni de los honores, ni de las influencias. Sirvió al lado de su amigo sin poner nunca su persona en la balanza. Vivió una vida modesta, y rehusó muchas oportunidades de mayor exaltación a que su talento y sus merecimientos le habían dado el más justo derecho.

De esta manera, guiados por un sentimiento profundo del deber, con esa independencia que da el obrar siempre conforme al dictado de la conciencia, haciendo de su intervención en los negocios públicos un sacerdocio abnegado, ajenos a todo pensamiento de ventaja personal, sin ambición y sin miedo al juicio lúero de los que sufren la pasajera perturbación de las pasiones, el gran Presidente y su Ministro tenían las condiciones necesarias para hacer triunfar su generoso ideal de paz, de orden, de progreso, que habían formado ante el doloroso espectáculo a que abrieron los ojos al nacer.

Sin otras condiciones de inteligencia y carácter, no sería posible explicar la obra inmensa de estos hombres.

Los dos hombres no eran, como se

solo suponen de las grandes figuras históricas, maravillosos tipos astados que una Providencia especial hace surgiere en la hora en que son necesarios para la salvación de un pueblo. Eran simplemente los más altas potencias intelectuales de una generación entera de patriotas, de hombres de orden, de progresistas y laboriosos hombres de Estado, que había seguido inmediatamente a la generación de los brillantes caudillos de la independencia.

Eran niños cuando la guerra asolaba su patria, cuando las montañeras cubaban la campiña, cuando apenas terminada la lucha por la autonomía nacional, surjían las cruelísimas contingencias de las pasiones políticas y personales. Eran habían visto en su niñez y en su primera juventud, todo el horror de la existencia en una joven República, sacudida por las convulsiones de la revuelta intestinal, sus propios hogares habían recibido las salpicaduras de la sangre que corría estérilmente por los caminos que el carro del progreso no podía atravesar.

Su alma se había formado en ese espectáculo que había hecho surdir en ella odio santo al desorden, una inmensa conciencia de paz y de trabajo.

Y cuando esa impresión caía sobre espíritus vigorosos, sobre intuiciones claras y voluntades fuertes como las de Montt y Varas, tenía que producir como primer fruto ese voto de dar a su patria la paz y el orden que parece haber sido la norma de la existencia política del Presidente y su Ministro.

Pero no estaban solos; eran los hijos de su tiempo, hermanos de muchos otros espíritus que los seguían y que hacían posible el vigoroso esfuerzo para organizar la nación hasta entonces anarquizada.

Ast se había formado el alma de Portugal que, antes que ellos, trazó una huella tan profunda en ese camino del progreso en el orden, en que Montt y Varas iban a poner definitivamente a la República.

En la imposibilidad de examinar en detalle, dentro de los límites impuestos a un artículo periodístico, la enorme labor de estos dos hombres que se estacionaron durante medio siglo y que abarcaron tantos aspectos de la vida nacional, es posible señalar algunas de las líneas características con qué hoy se destaca a nuestros ojos desapasionados el monumento que levantaron para bien de su patria y gloria perpetua de su nombre.

El primer rasgo común a ambos estándartes es la soberbia inflexible de todos sus actos en la vida pública, como en la privada, al dictado de la conciencia, sin vacilaciones, sin transacciones, sin temor alguno.

Sea para reprimir desórdenes, sea para crear obras de progreso, sea para administrar intereses públicos, sea para socavar tratos políticos, jamás se les oyeron decir; tienen siempre la norma alta y segura de una conciencia iluminada por un altísimo sentimiento natural de justicia.

El bronce que perpetuará sus figuras

y el recuerdo de sus obras, hablará siempre a los ojos observadores de la hermosa armonía de aquellos dos caracteres tan diversos y tan semejantes, tan marcados en su individualidad y tan aptos para la acción común, parecidos a esos colores violentos que el pintor funde y convierte en un divina armonía de luz.

Ahí está el Presidente, de cuya noble cabeza se desprende una impresión de reposo, de seguridad, de paz interior. A su lado está de pie el Ministro, con los rasgos finos y característicos de su rostro nervioso, con la majestuosa belleza de su ancha frente, que la vida había surcado de un pliegue de dolor y bajo la cual los ojos miraban como deben mirar las agujas la luz del sol:

En el Presidente el pensamiento toma un sello de benevolencia serena, que despierta de un golpe todas las pasiones que las pasiones de su tiempo le hicieron. En el Ministro hay una concentración poderosa de las facultades que da algo de inflexible y de austero, algo como la resolución de sacrificar todo a la idea, que se siente potente y generosa bajo la artística cabeza.

Así los verán las generaciones venideras para admirarlos y tributarles el homenaje de gratitud que nosotros comenzamos apernas. Así los verán, fundiendo poco a poco sus semejanzas en una especie de entidad ideal e histórica, que no será ni el Presidente ni el Ministro, sino la suma del jenio de ambos de la bondad y fuerte voluntad de ambos, del amor de ambos a la legalidad y al derecho, del patriotismo de ambos.

Y así, poco a poco, se sentirá al contemplar la obra de arte que los recompensa a sus concluidanos, qué aquel monumento no ha sido elevado a dos hombres, sino a una grande idea, a un conjunto de grandes ideas fundamentales, por las cuales habrá de rejirse la República, siempre que quiera caminar por las vías del progreso y de la paz social.

En el Ministro hay una concentración

futuras, una cosecha floreciente. A la sangre de 1850 se debe la armonía de 1000.

Montt y Varas no fueron despotas, no fueron tiranos antojadizos. Fueron hombres que sostuvieron duramente el principio de autoridad, en una época de ebullición y de peligro, seguros de que, a la relajación de este principio, correspondería el desorden anárquico de la naciente sociedad chilena. Sus miradas penetraron el porvenir. Su obra de mortal resistencia fué una obra de vida. Ellos, al lado de sus enemigos los liberales, tomaron una parte gloriosa en la formación de este país de paz y libertad, porque fueron ellos los que contuvieron los desbordes y las impiedades de la libertad.

Si, realizaron una obra de vida y de paz, porque fueron buenos chilenos, sabios y amigos de enseñar. Antes que murieron don Manuel Montt hubo muchas victimas del "decenio" que le reconocieron su mérito. Se cuenta que uno de los muchachos del 20 de abril, uno de los deportados de la Luisa Brighington, un condannado a muerte de 1859, que llegó a ser un liberal ilustre, cada vez que lo encontraba se acercaba a saludarlo respetuosamente. Nadie ha olvidado la noble actitud de don Domingo Santa María, otra de las víctimas del "decenio", cuando, en pleno Congreso, defendió a don Manuel Montt. En una época en que dominaba todavía el criterio de los historiadores revolucionarios, —que hasta ahora han sido los únicos historiadores de la administración Montt,—esos hombres tuvieron la intuición de lo que sería sobre don Manuel el juicio de una posteridad independiente. Nosotros somos esa posteridad.

Por eso asistiremos en masa al acto inaugural de ese monumento mandado erigir por quien supo interpretar la clara justicia de nuestra generación. Por eso miraremos con placer esa admirable obra de arte alrededor de cuya pirámide se desenvuelve una guirnalda de graciosas figuras, que son el emblema de todas las obras de paz y de progreso que Montt y Varas realizaron con el pensamiento y el amor, mientras contenían con el puño el avance prematuro de la política doctrinaria.

B. V. S.

MONTT Y VARAS

De don Justo Arteaga Alem-

parto

(Nuestros partidos y nuestros hombres. Santiago 1866)

Por una parte, la buena estrella de las medianas que tienen entre nosotros todas las dichas de los escogidos y la infelicidad, por otra, de las más eminentes personalidades, esplican los errores y las caídas de Gobiernos, partidos y hombres. Las medianas traen el aislamiento de la desconfianza. Las personalidades inflexibles traen el orgullo.

Habrá más de un lustre vencido que no debido a otra cosa su derrota. Su inflexibilidad ha hecho que el aire faltara a su política. De tales vencidos puede decirse que no han sido derrotados, que se han derrotado.

En tanto que el otro lado, la inflexibilidad ha hecho que el aire faltara a su política. De tales vencidos puede decirse que no han sido derrotados, que se han derrotado.

Tal es lo que ha sucedido a los dos jefes del partido nacional, los señores Montt y Varas. Pueden tener iguales, si no tienen superiores por el talento y el patriotismo; y, sin embargo, vencedores en el camino de batalla, en la mar, en el Parlamento, rodeados siempre de auxiliares inteligentes y adictos, no han conseguido doblar a la opinión que, su eterno vencedor, ha sido su perpetua enemiga.

Habrá una alta enseñanza en la vida política de estos dos hombres de Estado.

Ambos han llegado a la cima del poder y los honores; el señor Montt ha sido durante diez años el primer magistrado de Chile y el señor Varas su primer Ministro, ya por sí mismo o ya por los suyos. Ambos son también los hijos de sus padres. Todo lo deben a su inteligencia.

Han peleado las batallas de la vida en todos los puestos, desde los más inferiores hasta los más altos. Esto parece a propósito para darles una profunda experiencia de la vida; pero no ha sido así: son hombres de talento, hombres de Estado, no son hombres de mundo. Poco sienten la transición de la cátedra del profesor a los consejos del poder y a los bancos del Parlamento, trajeron a los negocios muchos de los hábitos del colegio. Vieron niños en los pueblos, niños un poco mayores, más numerosos, más exigentes, más descontentados, y con los que se debía ser, en consecuencia, algo más severo. De vez en cuando, se ponían a pensar de haber salvado la mediocridad y exagerado el rigor. Brillantes oradores los dos, han enseñado más que disertado, y acostumbrados a ser escuchados en silencio e imponer sus convicciones, el tumulto les irrita y la controversia les exacerba. Por eso, pródigamente dolidos por la fortuna para la vida parlamentaria, no gustaban de la discusión ni de las agitaciones de la tribuna. Solo comprendían el Gobierno impidiendo su voluntad al Parlamento, no por el estudiode su inteligencia, como oradores, sino por consecuencia de sus influencias omnipotentes, como gobernantes. Esto los ha hecho hombres eclipsados. A su lado se ha podido prosperar, subir como la espuma, improvisarse alto dignatario del Estado, pero no se ha podido brillar. No toleraban los iguales ni los competidores. Jamás se vió un partido con más disciplina ni más cohesión que el suyo: era una falange; pero jamás tampoco más inteligencias de primer orden vivieron confundidas entre la vil multitud. Mientras que el partido nacional estuvo en el poder, su partido no se le juzgaba superior; por las individualidades que contenía en sus filas? Muchos creían, sin duda alguna, que allí no había mas que dos hombres de intellencia: Montt y Varas. El partido nacional ha sido, se dice, una dispersión a la falange, y ¿qué vemos? Que no falta ahí algún soldado que pudiera molt bien ser general de naciones generales de los campos oponentes. Ahí malalta disciplina!

Montt fascina, Varas sacude; aquél es la sagacidad, éste es la fuerza; aquél es una cabeza, éste un corazón; aquél refleja mucho, éste siente mucho más.

He aquí dos temperamentos y dos caracteres que todo parecía llamar a combatiérsese y formar así una personalidad doblemente poderosa. Sin embargo, se drafaron hoy en el pasado, y quién sabe si no se drafarán todavía en el porvenir. Cuando la sagacidad de Montt balya estando dispuesta a ceder la fuerza de Varas, arrastrándola en su corriente, la ha alejado de las concesiones precipitándose en la resistencia; y, al contrario, cuando las espontaneidades de Varas iban, tal vez, estallar en un golpe de brío, el espíritu frío de Montt se ha interpretado y detenido el jenoso arranque.

Así, se siente dominar a Varas cuando se lucha, a Montt cuando se re-

gresa a su oficina.

Entre los dos, Montt es el más sólido, de los dos, el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.

Montt es el más firme, Varas es el más flexible.

Montt es el más tenido, Varas es el más tenido.